

Mi madre solía decirme: “¿Cuántas veces tendré que decirte que no des portazos?”. Ahora ya no puede decírmelo, pero lo sigo pensando cada vez que salgo de casa. ¿No es curiosa la cantidad de costumbres que se nos quedan para toda la vida? No tiene ningún sentido, pero ahí están. Siempre empiezo a enjabonarme por la muñeca izquierda y aunque intente cambiarlo, me da no sé qué. A ver si la voy a cagar, ¿sabes? Si no está roto no lo arregles. Mamá hubiese querido arreglarme, desde luego nunca le gusté mucho. A veces me mira con esos ojos de besugo degollado, neblinosos, y lo sigo viendo. El reproche.

- Bueno, mira que lentejitas te he traído hoy – le digo dejando el plato a punto de rebosar.

La mesa está pegajosa, como las trampas esas para moscas que acaban siendo una asquerosidad, pero pasas de cambiarla porque total, sigue habiendo ochocientas moscas cojoneras y no sirve de una mierda. Siento que la vida es un poco así, ¿eh? Una trampa para moscas. Y yo soy la primera gilipollas que se quedó pegada.

Mamá se queda embobada mirando la comida, no le gusta. Y yo ya lo sabía. Por eso le toca cada semana. A joderse. “Hay que comer de todo”, me decía cuando era una cría. Pues toma.

Le doy una cucharada y ella las traga lentamente. Noto el buche parado en el final de su boca, intentando no bajar por su garganta.

- Traga.

Ella obedece, no le queda otra. A ninguna de las dos nos gusta esto, ¿sabes? Pero no nos queda otra. Estamos a disgusto, pero es mi madre. Tampoco tiene a nadie más y no la voy a dejar sola. Eso no se le hace a una madre.

Ha empezado la novela de la tarde y mamá la ve como si estuviera hipnotizada. No tengo muy claro que se entere de algo, pero yo se la dejo puesta. Así come sin

darme problemas. Por la ventana veo el campo, parece que se levanta tormenta. Eso es bueno para los sembrasos. No ha llovido nada este año.

Laura dice que vivir aquí es como si se hubiese parado el tiempo, pero sólo para nosotras. Laura se fue y vive en la capital, con sus estudios y sus salidas y sus novios y ese acento nuevo que pone como para disfrazar que ella es del pueblo como mamá y como yo. Manda cojones, Laura, la sangre de nuestras rodillas sigue en el patio debajo de las malas hierbas y la mierda de los perros.

A veces tiene un ramalazo de amabilidad y me dice que por qué no me voy con ella a Madrid. Que hay muchas cosas que hacer. Que no sabe cómo no me estoy pudriendo en el pueblo. ¡Pues claro que lo estoy haciendo, Laura! Estoy en estado de descomposición, hace tiempo que lo noto debajo de la piel. Como si hubiese muchos de esos gusanos blancos que salen cuando hay un bicho muerto en el arcén de la única carretera del pueblo. Ahí , venga a retorcerse. Pero si me voy, ¿quién se queda con la vieja? ¿Eh? Me jode, me jode porque Laura siempre ha sido la favorita, la pequeña, la lista. Pero soy yo la que se ha quedado.

- ¿Ves quién se ha quedado contigo? ¿Eh?

La vieja me mira y parece una vaca rumiando con los ojos grandes y brillantes. Un ruido como de desagüe sale de su garganta. El vómito repleto de lentejas mordisqueadas me mancha los pantalones. Me cago en mi puta madre.